

Yo callaría, señores, al rumor de estos acentos que os han turbado mas de una vez, y que turban acaso aun en esta asamblea á muchos corazones lastimados; callaría, ó mas bien abandonaría mis labios á la queja y á la ingratitud, si en la cuestion presente partiese yo del mismo punto que vosotros. Sí, si esta vida fuera la vida, si esta luz fuera la luz, si este mundo fuera el mundo, sí, yo cubriría mi frente con mis manos, y bajaría con vosotros al abismo de una desesperacion, donde ni aun sufriría que se quisiera consolarme. ¿Pero lo habeis creído así, y os ha dicho tal el cristianismo? ¿Habeis creído que esta vida fuera la vida, que esta luz fuera la luz, que este mundo fuese el mundo? Lo habeis creído, ¿y quién os lo ha dicho? Os vuelvo á preguntar: ¿quién os lo ha dicho? Vosotros mismos, nadie sino vosotros. Pues bien, sabed una cosa y es, que no os creo. Creo que esta vida es un camino, que esta luz es una sombra, que este mundo es un preludio; creo que la vida es Dios, que la luz es Dios, que el mundo es Dios. Y creo con toda mi alma, á precio de mi sangre, si es preciso, que Dios nos ha criado para que vivamos de él, para alumbrarnos de él, para que encontremos en él la sustancia, de la cual todo lo que vemos es tan solo una incapaz y dolorosa imágen. Esta es mi fe, esta es la que os anuncio; y para combatirla, es preciso tomarla tal como es, y no tal como os la forjais en la injusticia ó el abatimiento de vuestro espíritu.

Sí, todos padecemos; ¡ay de quien lo negara! mas padecemos por el camino y no por la vida. La vida es abundancia, paz, contentamiento, plenitud; cuando amamos á Dios, recibimos de ello algunas santas primicias, alguna sensacion imperfecta, que nos basta para olvidar el mundo presente, ó á lo menos para aceptar valerosamente sus pasajeros males. Con efecto ¿le está bien al viajero á quien aguarda un amor infalible, el lamentarse del camino, el maldecir la arena que le sustenta y el sol que le guia? Por lo que á mí toca, nacido del dolor, como los demás, llagado con las dos heridas de mis padres, la tristeza del alma y la flaqueza del cuerpo, bendigo á Dios que me ha hecho y que me espera. No exijo que me consultara acerca de mi suerte; entre la nada de que me ha sacado, y la eternidad que me ha prometido, no era dudosa la eleccion sino para una demencia parricida, y Dios debía contar con mi virtud como contaba con su bondad. La justicia eterna no permitia suponer se rehusara la bienaventuranza: tenia derecho para estipular en nuestro nombre la gratitud, al amor, la aceptacion de una prueba sin la cual

no hubiera podido el amor manifestarse; y á lo menos en la ingratitud, el silencio y la equidad del remordimiento.

Proseguís no obstante, señores, y me recordais un pensamiento que atormentó mucho tiempo la adolescencia de mi razon. Si todos cuantos somos criaturas inteligentes y libres, llegáramos con efecto á la vida de la eternidad, es cierto que las miserias de la vida presente se desvanecieran de nuestro espíritu, *no teniendo*, como dice San Pablo, *proporcion alguna con el peso de gloria que se revelará en nosotros algun dia* (1). Pero no es así. La doctrina católica nos dice que una parte de las inteligencias creadas no llega al reino de Dios; por tanto que la creacion, en vez de redundar en su dicha, conviértese finalmente en su eterna desgracia. Es por culpa suya, no hay duda; ¿pero qué importa? Dios lo sabia, Dios lo habia previsto. ¿Y era un acto de bondad echar al mundo seres á quienes una presciencia infinita veia, fuera ó no por su culpa, excluidos del beneficio de su vocacion primera, y precipitados en una pérdida igual á los bienes que les estaban destinados? Si Dios, en la creacion, no hubiera pretendido obrar sino en virtud de su soberanía, por un acto de poderío y voluntad, se concebiría acaso que no hubiera tenido en cuenta el resultado, y que la miseria final de una parte de sus criaturas causada por su prevaricacion, le hubiera parecido un puro accidente incapaz de desarmar el derecho y la eficacia de su querer. Pero nos decís que el *fiat* supremo se pronunció por bondad, por el deseo de comunicar la vida y la gloria á los seres posibles que descubria Dios en el horizonte de su pensamiento. ¿Y este fin y este motivo son compatibles con la eterna desgracia de las inteligencias perdidas? Convenimos en que la doctrina católica no enseña como artículo de fe, que el menor número de los hombres sea el que se salva. Mucho menos enseña que, de la totalidad de las gerarquías inteligentes, sea la minoría quien conserve sus títulos ante la justicia divina. ¿Pero qué importa? Aun cuando no hubiera mas que un solo hombre, un solo espíritu, desheredado de la verdadera vida y reprobado para siempre, fuera eso bastante para acusar á la bondad divina, ó á lo menos para no achacarla la creacion del mundo. Buscad, pues, otro móvil á la omnipotencia de Dios; decid que ha hecho lo que ha hecho porque ha querido, que era el dueño, que el crimen y la ingratitud no podian robarle sus derechos de soberano; acaso se os comprenda. Pero ante la imágen ter-

(1) Epistola á los Romanos, cap. 8, vers. 18.

rible de la eterna condenacion, no habéis de la bondad de Dios, temblemos á vista de su justicia, y enmudezcamos ante su impenetrable magestad.

No callaré yo, señores, porque lo que acabais de decir basta para responderos. Convenís en que si el poder creador entra en los atributos que constituyen la divina esencia, es imposible que Dios sea de él despojado por la mala voluntad de su criatura. Con efecto, decir que Dios no tiene derecho para crear un ser que abuse de sus dones, es como decir que el malvado puede aniquilar á Dios impidiendo el ejercicio de uno de sus atributos esenciales. ¿Qué cosa mas vana y mas insensata? Pues comprendido esto, la dificultad cae de suyo. Con efecto, aun cuando Dios obra por bondad, obra segun la totalidad indivisible de su esencia, obra con su poder, su sabiduría, su justicia y todo el conjunto inalienable de sus perfecciones. La bondad es quien le mueve, pero la bondad que nada abdica del resto de su divinidad. La bondad no puede prohibirle que sea sabio, justo, poderoso, soberano; y si con su presciencia descubre una criatura tan ingrata que convierte en propio daño sus dones, no le retirará el beneficio, que fuera esto retirarse al mismo tiempo la potestad de crear segun condiciones equitativas, lo que no debe ni tampoco haría sino dejando de existir. Pero acaso digais: una cosa es el poder en sí mismo, y otra el ejercicio del poder; Dios no puede perder el poder, pero es libre para no ejercerlo. Ciertamente, señores; pero comprended, que el que es libre para no ejercer un poder, es libre tambien para ejercerlo, so pena de no tenerle. Si, pues, Dios, considerados todos sus atributos, es libre, segun confesais, para criar un ser que abuse del beneficio de la vida, ¿por qué os maravillaréis de que haya usado efectivamente de esa libertad que le pertenece y en él reconoceis?

Pero diréis todavía, sea de esto lo que fuese metafísicamente, el buen sentido del corazón se opone á conclusion semejante. ¿Qué padre daría al mundo un hijo, si previese que la vida habia de ser para él un don fatal? ¿Y no es Dios nuestro padre? ¿Habrá de tener para con nosotros entrañas menos tiernas que las de un hombre mortal?

Aquí, señores, la comparacion carece de fuerza, porque no es exacta. Dios no creó individuos aislados, ni aun mundos, crió un mundo único, donde todos los seres están entre sí ligados con relaciones de dependencia y servicios recíprocos, y de los cuales no puede separarse á uno solo sin que todos los demás se resentan de

esa separacion. En el género humano señaladamente, cada hombre encierra en sí una posteridad, cuyo término no puede asignarse, y que hace de las generaciones un haz mancomunado de donde nadie perdería su puesto sin arrastrar consigo á la multitud de sus descendientes. Suprimir un solo hombre, es suprimir una raza; suprimir un perverso, es suprimir un pueblo de justos que saldrán de él. Porque el bien y el mal se entrelazan en la móvil série de la humanidad; un hijo virtuoso sucede á un padre culpable, y el abuelo contempla muy á menudo en sus nietos crímenes que él no ha conocido. Ahora, como la mirada de Dios abarca á un tiempo todas las sucesiones de la vida, todos los renacimientos del bien en el mal y del mal en el bien, ningun destino se le presentaba solitario, de tal modo, que separándole del libro anticipado de la vida, solo cortase una trama indigna de desenvolverse. A sus ojos, Adán, prevaricador, encerraba toda la posteridad de los santos. Negarle el ser á causa de su crimen, aun cuando este crimen no hubiera alcanzado nunca perdon, era anonadar en él todos los merecimientos del linaje humano. ¿Cómo la bondad de Dios le hubiera pedido este sacrificio? ¿Cómo hubiera exigido que los malos fueran preferidos á los justos, que no se diera la vida á los que debian emplearla dignamente, por consideracion á los que la convertirian en una maldicion en vez de una felicidad?

Yo conozco á Dios, le amo, espero en él, bendígolo por mi vida y por mi muerte: ¿por qué la falta de uno de mis antepasados, prevista eternamente por la bondad divina, habia de haber interceptado mi nacimiento, y ni aun permitídomme respirar un solo día en el misterio de la libertad de donde podia salir mi bienaventuranza? ¿Debia ser yo condenado á la nada para que uno de mis padres no abusára de la existencia? ¿Dónde estaria en ello la justicia, la sabiduría, la bondad?

Dios no tenia que elegir entre criar ó no criar un malo, sino entre criar ó no criar generaciones entremezcladas de bien y de mal; y como á su vista fatídica todas presentaban esa mezcla, tenia que elegir entre criar al universo ó no criar nada absolutamente. La cuestion es muy diferente, y de seguro, el padre mas tierno no se resolvería á morir sin posteridad, si Dios, descubriéndole el porvenir de su raza, le mostrase, en las transfiguraciones seculares de su sangre, las inevitables alternativas de la gloria y de la ignominia, de la dicha y de la desventura. ¿Y qué sería si en vez de una sola generacion, se tratára de todas las generaciones humanas? ¿Qué sería si

se os diera á escoger á vosotros mismos entre anonadar el universo ó criarle? Porque esta es la cuestion que se pesó en los consejos de Dios. Dios la juzgó y el cielo y la tierra os dicen de qué manera.

Podeis, señores, juzgarla de otro modo; podeis quejaros de la vida, y no reputarla tan gran bien. Pero sabed que la vida de que os lamentais no es la que Dios os ha hecho, sino la que os haceis vosotros mismos. Habeis separado de ella á Dios, y os asombráis de que no sea ya nada. Habeis producido el vacío en vuestra alma, y os pasmais de que os falte lo infinito. Habeis corrido tras de todas las miserias, y os maravillais de no ser ya sino dudas, tinieblas, amargura, afliccion. ¡Ah! volved, volved á la vida, recobrad vuestros derechos en la creacion mediante el valor de la fe, la santidad de la esperanza, la divinidad del amor, y entonces, restituidos á vuestro lugar y á vuestra gloria en las armonías universales, repetiréis con todos los mundos el testimonio que Dios se dió á sí mismo despues que hubo acabado su obra: *Vió Dios todo lo que habia hecho, y todo era bueno* (1).

(1) Génesis, cap. 1, vers. 31.

SERMON CUADRAGÉSIMO OCTAVO.

Del plan general de la creacion.

Investigamos en nuestra última conferencia por qué procedimiento y por qué motivo habia salido el mundo de las manos de Dios, y vimos que habia sido por el procedimiento de la creacion y por el motivo de la bondad. La bondad es en efecto el carácter preferente bajo el cual ha concebido siempre á Dios el linaje humano, como es tambien el carácter de los hombres que se han granjeado mas el amor y la veneracion de los siglos. Todo el que no ha sido marcado con esta señal augusta no ha llegado á la plenitud de la gloria, y ni el brillo de las concepciones, ni la fortuna de las armas, ni el desprecio de la vida, han bastado sin la bondad para elevar la memoria de Alejandro ó de Marco Aurelio. Con mayor razon, la de Dios descansa sobre la misma base, y nada nos es mas natural como repetir con David: *Suave es el Señor en todas las cosas, y su misericordia es sobre todas sus obras* (1).

Habiendo, pues, Dios hecho al mundo por bondad, es decir, con la intencion de comunicarle sus bienes, que son la perfeccion y la beatitud, debemos conocer ahora el plan que siguió en la realizacion de tan generoso pensamiento. Ahora bien, todo plan se compone de dos elementos necesarios, los materiales que han de servir para fundar, y el orden con que han de disponerse. Tengo, pues, hoy que hablaros de los materiales de la creacion y de su arreglo general.

Segun la doctrina católica, Dios empleó en su obra, que es el universo, dos especies de materiales completamente desemejantes: la materia y el espíritu.

Y en primer lugar ¿qué es la materia? Si os digo que es cierta cosa ponderable, me opondréis los flúidos imponderables. Si os digo que es cierta cosa extensa, me responderéis que muchos filósofos opinan

(1) Salmo 144, vers. 9.